

dlv

Benedikt Peters

Adoración

¿Éxtasis o Entrega?



Christliche Literatur-Verbreitung e.V.
Ravensberger Bleiche 6 · 33649 Bielefeld

Título original: «*Ekstase oder Ergebung? Was ist Anbetung?*»

© 2016 by CLV

Christliche Literatur-Verbreitung

Ravensberger Bleiche 6 · 33649 Bielefeld · Alemania

Internet: www.clv.de

Traducción: Elisabet Ingold-González, Leonberg, Alemania

Tipografía: EDV- und Typoservice Dörwald, Steinhagen, Alemania

Portada: Lucian Binder, Marienheide, Alemania

Maquetación y encuadernación: CPI – Ebner & Spiegel, Ulm, Alemania

256163

ISBN 978-3-86699-163-7

Inhalt

| | |
|--|----|
| Prefacio | 7 |
| Introducción | 8 |
| 1. La adoración, característica peculiar del pueblo de Dios | 11 |
| Los paganos no tienen cánticos de alabanza | 12 |
| 2. Hoy se habla mucho de adoración | 14 |
| 3. ¿Cuál es el propósito de la adoración? | 17 |
| a) Fuimos creados para alabar a Dios | 17 |
| b) Fuimos rescatados para adorar a Dios | 18 |
| c) El Padre busca adoradores | 20 |
| d) La adoración es nuestra suprema vocación | 21 |
| e) En la adoración Dios recibe el lugar que se merece | 23 |
| 4. Todos los redimidos son adoradores, todos los creyentes son sacerdotes | 26 |
| 5. ¿Qué es adoración? | 28 |
| Estudio de la palabra «adorar» | 29 |
| 6. Condiciones necesarias para la adoración | 39 |
| Ritualismo como sustituto de la adoración | 39 |
| Estímulos sensuales como alicientes para la adoración | 42 |

| | |
|--|----|
| El gran vuelco de Juan 4:23-24 | 44 |
| Danza y adoración | 45 |
| El corazón y la adoración | 48 |
| Salvación y adoración | 51 |
| Elección y adoración | 55 |
| Todo está en manos de Dios, | |
| Dios no está en nuestras manos | 58 |
| Dios no está a nuestras órdenes | 62 |
| La adoración debe honrar a Dios | |
| y no alborozar al adorador | 64 |
| 7. Capacitación para la adoración | 67 |
| Si quiero ser un adorador tengo que leer la Biblia | 67 |
| Sólo podemos adorar por el Espíritu | 68 |
| La adoración siempre tiene su origen en | |
| Dios y jamás en el hombre | 70 |
| 8. El objeto y la sustancia de la adoración | 74 |
| 9. Conmemoramos al Hijo y adoramos | 76 |

Prefacio

Muchas iglesias están debatiendo el tema «adoración» y las posiciones difieren mucho. ¿Cuáles son las causas?

Una de las razones es que los cristianos siempre estamos en peligro de alejarnos poco a poco y casi sin darnos cuenta de lo que dice la Biblia, y además en todos los ámbitos. Por eso todo creyente y toda iglesia de tarde en tarde necesita una Reforma grande o pequeña, es decir, las cosas deben volver a su cauce original, deben volver a su forma original.

Este libro de Benedikt Peters da la palabra a las Sagradas Escrituras – el fundamento de cualquier Reforma. La tarea del lector será ahora la de examinar sus motivos para la adoración, para luego honrar en su vida personal y también en la iglesia a Aquel que únicamente merece esta honra y adoración, al único y verdadero Dios.

K. Güntzschel
Mayo 2007

Introducción

El versículo clave del que debemos partir al tratar el tema de la adoración neotestamentaria es Juan 4:23:

«La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.»

Tenemos que adorar a Dios en espíritu y en verdad. Esta afirmación no sólo expresa cómo debemos adorar, sino que con la venida del Señor la adoración ha experimentado un cambio fundamental. Esto se ve en que el Señor introduce su afirmación determinando un tiempo específico: *«La hora viene, y ahora es»*. También tenemos que tener en cuenta Juan 7:39:

«Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado».

El Espíritu Santo en el cual y por el cual oramos y adoramos no pudo ser dado hasta que el Señor Jesús no se hiciera hombre, muriera y fuera glo-

rificado. Por lo tanto, la adoración ha cambiado, es decir, es ahora más espiritual que en el Antiguo Testamento.

«El Espíritu de verdad, el cual procede del Padre» (Jn 15:26) – esta dádiva fue algo verdaderamente nuevo, algo que se distinguía completamente de lo que el Espíritu Santo obraba en los creyentes del Antiguo Testamento.

Los redimidos en Cristo son los primeros que pueden adorar en Espíritu y en verdad. Para entender lo que es la adoración, por lo tanto, no podemos orientarnos en el ejemplo a los creyentes del Antiguo Testamento y si lo hacemos tiene que ser con gran cautela.

Tenemos que decirlo así de claro, porque la historia de la iglesia cristiana muestra que una y otra vez se ha vuelto otra vez al Antiguo Testamento, tanto en su comprensión de la adoración como finalmente también en la manera de practicar la adoración.

Durante mucho tiempo estábamos acostumbrados a verlo casi únicamente en la iglesia católico-romana, pero desde hace unas pocas décadas estas ideas y prácticas de la adoración se están exten-

diendo también por los grupos evangélicos tradicionalmente conservadores, que en su adoración ahora también se apoyan principalmente en el Antiguo Testamento.

1. La adoración, característica peculiar del pueblo de Dios

Cuando Dios por primera vez salvó a todo un pueblo y lo hizo suyo, le dijo:

«Vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes» (Éx 19:5-6).

Los había rescatado para que fuesen sus sacerdotes.

El apóstol Pedro nos dice que todos los que han acudido a Jesucristo han sido edificados por Él para ser una casa espiritual, un sacerdocio santo (1P 2:5), y Juan confirma que este es el propósito de Dios en la salvación:

«Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 1:5-6).

Agradecimiento, alabanza y adoración son parte de la vocación y finalidad del pueblo de Dios.

Entre todos los libros de la Biblia, el más extenso es *Sefer Tehilim* – «El libro de las Alabanzas», es decir, el libro de los Salmos. Ningún otro libro es citado tantas veces en el Nuevo Testamento como este libro que se encuentra justamente en el centro de nuestra Biblia. La alabanza también debe estar en el centro del pueblo de Dios. La alabanza es la prueba de una salvación perfecta; porque solamente un redimido que tiene la certidumbre de que Dios es su Salvador y que por eso es eternamente salvo, puede adorar con toda libertad. Y la adoración es anticipar la perfección aún pendiente, es expresión de la certidumbre de la gloria venidera.

Los paganos no tienen cánticos de alabanza

Los miembros de otras religiones no conocen cánticos de alabanza comparables con el canto y la adoración del pueblo de Dios del antiguo y nuevo Testamento. Los hindues tienen sus mantras y los musulmanes sus dichos árabes murmurados en el nombre de Alá. Pero el Dios de Israel habita entre las alabanzas de Israel (Sal 22:3). Todos los redimidos que se han sometido a Él y que se reúnen alrededor de Su trono, le alaban y ensalzan sin cesar (Ap 4:8-11; 5:6-10). Lo que un día harán en el cielo,

como justos perfeccionados, lo han comenzado a hacer ya aquí en la tierra.

Leí una vez la historia de un joven musulmán en Pakistán, que es un país islámico. Un día oyó por primera vez en su vida los cánticos de alabanza de creyentes pakistanís. Le conmovió de tal forma que no descansó hasta que encontró a aquel Cristo que aquellos creyentes habían ensalzado en sus canciones y hasta que él mismo pudo participar también en estos cánticos de alabanza.

Yo mismo siendo aún un hombre que buscaba a Dios, conocí los cánticos de alabanza sencillos pero entrañables de los creyentes pobres en el Panyab (India). Estos salmos con música en idioma panyabí tocaron de tal manera mi corazón que no soy capaz de describirlo. Allí me encontré con una cosa totalmente nueva para mí, con una realidad que me cautivó y no me dejó hasta que yo mismo pude cantar a este Dios y ensalzar Su salvación.

«Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.»

(Ap 1:5-6)

2. Hoy se habla mucho de adoración

«Adoración» ahora es como un lema entre los creyentes evangélicos. Quizá estemos pensando que hoy es cuando realmente hemos descubierto la adoración. Eso, claro está, es una valoración equivocada, una de las numerosas pruebas de lo que C. S. Lewis denominó «chronological snobbery», extravagancia presuntuosa cronológica. Con ello quería expresar lo necia que es la opinión de los creyentes de hoy. Pues pensamos que nosotros somos los que realmente comprendemos bien las cosas, y que nosotros estamos bastante por encima de lo que pensaban y hacían nuestros padres y antepasados.

¡No! Los creyentes desde siempre han visto en la adoración el corazón de la vida del creyente. Incluso me atrevo a pensar que en tiempos antiguos estaban mejor enterados que nosotros. No es casualidad que con la Reforma se introdujera la costumbre de cantar todos juntos en el culto. Hasta entonces los sencillos cristianos solamente escuchaban a los monjes lanzar sus oratorios en latín o susurrar sus cantos. Pero con la Reforma el pueblo de Dios se despertó y de los corazones llenos y tocados por la Palabra de Dios ascendió la ala-

banza a Dios y brotó de los labios de todos los reunidos en el culto. El pueblo de Dios empezó a cantar a Dios y además en su propia lengua: en alemán, francés, inglés y castellano. De esta forma se cumplió al menos una parte de la confesión de la reforma que reconoció el sacerdocio universal de todos los creyentes.

Cuando dicen que hoy se ha descubierto realmente la adoración, entonces se refieren a una clase especial de «adoración»: al entrar en los locales de tales iglesias lo primero que salta a la vista son los costosos equipos de música en la plataforma. Si preguntamos por el significado de esta multitud de aparatos, la respuesta es que están ahí, porque sirven para la adoración. Oímos de «líderes de adoración», y eso efectivamente es algo nuevo. Se habla de «cultos de alabanza y adoración». La palabra «culto de alabanza» es un pleonasma, una expresión en la que aparecen uno o más términos redundantes, es como decir «la blanca nieve». ¿No lo hemos notado? Eso es porque nos hemos acostumbrado a usar la expresión «culto» para algo que en realidad no es un culto: el acudir los domingos a un lugar donde se reúnen los cristianos. Allí se canta un himno o dos, alguien ora y después se escucha el sermón. A ésto tradicionalmente lo llamamos «culto». En realidad, lo principal allí es el

mensaje, o dicho más fuerte: es servir a los hermanos, es un servicio fraternal, pero no es un servicio a Dios. Debíamos decir culto solamente cuando nos presentamos delante de Dios como sacerdotes para ofrecerle nuestros sacrificios de alabanza (Hebr 13:15). Si pues la alabanza es nuestro culto, entonces decir «culto de alabanza» es una expresión bastante necia y redundante. Los términos necios a menudo designan contenidos necios. Por eso yo no creo que nuestro tiempo sea el que realmente haya comprendido lo que es la adoración. Ocurre más bien lo contrario: que desde la Reforma, la cristiandad nunca ha tenido una comprensión tan raquítica de la adoración como en el día de hoy.

3. ¿Cuál es el propósito de la adoración?

Queremos saber, para qué debemos adorar; y queremos saber lo que es en realidad la adoración. ¿Qué nos dice la Biblia sobre la importancia de la adoración?

a) Fuimos creados para alabar a Dios

Dios creó todas las cosas y todas Sus obras le alaban (Sal 103:22). Fuimos creados para alabar a Dios. David lo sabía bien, por eso dijo en su oración a Dios:

«Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?» (Sal 6:6).

Cuando dejamos de vivir, ya no alabamos más a Dios. Eso es para David un argumento que presenta delante de Dios para decirle con ello: «Déjame vivir, porque mientras viva te alabo. Si muero, ya no te alabo.» En otro pasaje dice el salmista:

«Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante del Señor nuestro Hacedor» (Salmo 95:6).

El poeta inspirado sabía bien que el Señor le había hecho, para que le adorara.

Dostoiewski, el autor ruso con un toque cristiano dijo lo siguiente: «*Mientras el hombre permanece libre, su mayor anhelo que persigue sin cesar, es encontrar a alguien a quien adorar*» (F. Dostoievski, «*Los hermanos Karamazov*»).

Y un creyente de verdad y no sólo con un toque cristiano como él, dijo una vez:

«*Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*» – «*Nuestro corazón está inquieto, hasta que halla descanso en Ti*».

Esto lo dijo el conocido doctor de la iglesia, Agustín de Hipona. Fuimos creados para Dios y por eso no podemos hallar reposo hasta entregar todo nuestro corazón a nuestro Señor. ¿Y qué otra cosa es la adoración en su sentido más profundo?

b) Fuimos rescatados para adorar a Dios

En el libro de los Salmos hay once salmos con el título «De los hijos de Coré» (p. ej. los Salmos 42-49). El nombre de Coré no nos suena muy bien.

Casi no podemos pronunciarle sin pensar en Coré y su séquito. La indignación contra el ungido de Dios y una soberbia impertinente son las cosas que nos vienen a la mente, y también el terrible juicio de Dios sobre el pecado de Coré y todo su séquito. En Números 16 hallamos el relato. En los versículos 31 al 33 leemos como la tierra tragó a Coré con sus familiares. Pero un par de capítulos más adelante se nos dice, con motivo del segundo censo en el desierto:

«Y la tierra abrió su boca y tragó a ellos y a Coré, cuando aquella compañía murió, cuando consumió el fuego doscientos y cincuenta varones, los cuales fueron por señal. Mas los hijos de Coré no murieron» (Núm 26:10-11).

En ningún lugar hallamos una explicación, por qué no murieron los hijos de Coré; pero tenemos una explicación *para qué* Dios perdonó la vida de los hijos de Coré: lo vemos en los once salmos escritos por ellos. Es decir, fueron preservados en el juicio para que entonaran los cánticos de alabanza en la casa de Dios. Lo mismo dijo el rey Ezequías, después de que Dios le hubiese rescatado de la muerte:

«Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán

tu fidelidad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos. El Señor me salvará; por tanto cantaremos nuestros cánticos en la casa del Señor todos los días de nuestra vida» (Isaías 38:18-20).

El Señor nos ha lavado en Su sangre, para hacer de nosotros sacerdotes para Su Dios (Apoc 1:5-6).

c) El Padre busca adoradores

«La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren» (Juan 4:23).

El Padre busca adoradores. Tal y como el Hijo del Hombre busca pecadores, para salvarlos (Lc 19:10), el Padre busca adoradores. Ambas cosas son igual de importantes. Si hemos sido salvos, tenemos que convertirnos en adoradores. Si nos alegramos de que el Hijo del Hombre nos ha buscado y salvado, entonces igualmente deberíamos considerar que el Padre nos ha buscado, para hacer de nosotros adoradores. El evangelio no tiene como único objetivo el de meramente salvar al pecador de la perdición; mientras el pecador no se haya convertido en

un sacerdote para Dios, el evangelio no ha cumplido su propósito. Pablo lo sabía y de acuerdo a ello predicaba el evangelio:

«... para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, ministrando a manera de sacerdote el evangelio de Dios, a fin de que la ofrenda que hago de los gentiles sea aceptable, santificada por el Espíritu Santo»
(Rom 15:16).

Pablo predicaba el evangelio con el corazón de un sacerdote. En los gentiles, que adoraban a los ídolos mudos, blasfemando con sus labios a Dios el Padre y a Su Hijo, Pablo veía a personas que Dios quería transformar en adoradores. Su corazón ardía para apartarles de los ídolos y guiarles al Dios vivo (1 Tes 1:9).

d) La adoración es nuestra suprema vocación

Dios escogió a Abraham y le llamó (Gén 12). Le enseñó a creer en Él (15:6) y a andar delante de Él (17:1). Eso le llevó muchos años. Sin duda, el punto cúspide en la vida de Abraham fue el día en que estuvo dispuesto a poner sobre el altar a su amado Isaac, en fe y obediencia a su Dios. Con ello, Dios había conseguido el objetivo en su enseñanza de

Abraham. Abraham se había convertido en un adorador.

¿Un adorador? Sí, porque al dejar atrás a sus siervos, para subir solo con su hijo al monte Moriah dijo:

*«Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y **adoraremos**, y volveremos a vosotros»* (Gén 22:5).

Cuando Jacob llegó al final de su vida también había llegado a ser un adorador:

*«Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y **adoró** apoyado sobre el extremo de su bordón»* (Hebr 11:21).

Cuando Dios salvó a Israel, la obra no terminó hasta que Israel hubo salido de Egipto y fue llevado a Dios:

*«Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y **os he traído a mí**»* (Éx 19:4).

Y Pedro dice que Cristo sufrió y murió para eso precisamente:

*«Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, **para llevarnos a Dios**» (1 Ped 3:18).*

Llevados a Dios, eso es un pueblo de sacerdotes. Un sacerdote es alguien que está autorizado y puede entrar en la presencia de Dios. Hemos sido hechos reyes y sacerdotes (1 Ped 2:5 y 9; Apoc 1:5-6). Reinaremos eternamente con Cristo y eternamente adoraremos como sacerdotes a Aquel que está sobre el trono y al Cordero (Apoc 5:9-10).

e) En la adoración Dios recibe el lugar que se merece

Nos presentamos delante de Dios como sacerdotes. Cuando estamos delante de Él, Él es todo y nosotros nada. En la adoración expresamos conscientemente que Dios es el Primero y el Sublime, que Él es el centro del mundo, que todo ocurre por y para Él, que el sentido y objetivo de todas las cosas es glorificarle.

«Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apoc 4:11).

En la adoración todo vuelve a Dios; y eso tiene que ser así. Con David confesamos que todo lo que somos y tenemos viene de Dios:

«Y bendijo al Señor delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Señor, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Señor, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Señor, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos» (1 Cr 29:10-14).

Igual que en la creación, así también en la redención todo viene de Dios, todo es de Él y por Él; por eso es natural que todo sea para Dios:

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién en-

tendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Rom 11:33-36)

La creación predica estas sublimes verdades. ¿De dónde vienen los ríos? Del mar (Ecl 1:7). Todos vuelven al lugar de donde vinieron.

«Como los ríos van al mar, de donde vinieron, así el alma que cree vuelve a entregar todo a Cristo de quien lo ha recibido todo» (Richard Sibbes, 1634).

*«¡Oh profundidad de las riquezas
de la sabiduría y de la ciencia de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios,
e inescrutables sus caminos!
Porque ¿quién entendió la mente del Señor?
¿O quién fue su consejero?
¿O quién le dio a él primero,
para que le fuese recompensado?
Porque de él, y por él,
y para él, son todas las cosas.
A él sea la gloria por los siglos. Amén.»
(Rom 11:33-36)*

4. Todos los redimidos son adoradores, todos los creyentes son sacerdotes

El Señor no habló sobre la adoración con el teólogo Nicodemo (Jn 3), sino con la mujer samaritana (Jn 4). Es evidente que con ello quería mostrarnos clarísimamente que la adoración es para todos los redimidos y no sólo para un grupo de especialistas y dignatarios. Para los judíos esto era algo ináudito. ¿Todos debían ser adoradores, o sea sacerdotes? Mirándolo bien, no se debían haber extrañado tanto, porque Dios ya había dicho a Israel muy al principio de su historia que quería hacer de ellos un pueblo de sacerdotes (Éx 19:6). En el cristianismo, la verdad sobre el sacerdocio universal de los creyentes cayó en el olvido durante largos siglos. La Reforma recordó a los cristianos también esta verdad, pero a pesar de ello, la mayoría de las iglesias reformadas permanecieron iglesias con cargos oficiales, en las cuales el clero ejercía la función sacerdotal mientras que la gran masa de los laicos tenía que permanecer pasiva.

Las iglesias libres también se estructuraron y concibieron mayoritariamente según el modelo de las grandes iglesias protestantes. Toda esa idea de instalar una clase especial de líderes adoradores con-

tradice a la verdad sobre el sacerdocio de todos los redimidos. El acceso a Dios es igual de libre para todos; el poder allegarse a Dios no está fundado en una capacitación y vocación especial como es el caso en los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Toda persona redimida es un sacerdote de Dios. Por eso, cada uno que abre la boca en la iglesia alabando a Dios es un «líder de adoración», porque lidera la adoración, y la iglesia confirma con un «amén» en alta voz que le ha seguido.

*«Mas vosotros sois linaje escogido,
real sacerdocio, nación santa, pueblo
adquirido por Dios, para que anunciéis las
virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas
a su luz admirable.»*

(1 Ped 2:9)

5. ¿ Qué es adoración?

La adoración se dirige a Dios y es una forma especial de orar.

Orar: Pido a Dios que me dé lo que me falta. La oración honra a Dios, porque con mi oración reconozco que dependo de Dios. Por eso el Señor nos exhorta a pedir para recibir.

Ejemplos: Mt 7:7; Jn 16:24

Dar gracias: Doy gracias a Dios por haber recibido algo. El agradecimiento honra a Dios, porque con ello reconozco que todo viene de Dios.

Ejemplos: Ef 5:20; Col 3:17; 1 Tes 5:18

Alabar: Hablo admirado de las obras de Dios y de Sus caminos. Los hijos alaban a su madre, porque les ha hecho una comida tan sabrosa. El maestro alaba a su alumno por haber escrito una buena redacción. Y de la misma manera los hijos de Dios alaban a su Dios y Padre, porque ven que todo lo que Él ha preparado es bueno y perfecto.

Ejemplos: Salmo 107:1-9; Mt 11:25; Ef 1:3

Adorar: Hablo admirado de Dios mismo. Sabemos que tenemos que conocer bien a una persona para hablar admirados de ella misma y no solamente de sus hechos, sino ensalzando su carácter, su ser y su naturaleza. Esto deja claro que la adoración es más difícil que la alabanza. Mientras que la oración y el dar gracias tienen que ver con lo que hemos recibido, y la alabanza expresa nuestro aprecio por Dios y sus obras, la adoración, sin embargo, tiene como centro a Dios mismo. El adorador se retira completamente o cae de rodillas, como ya hemos visto.

Ejemplos: Éx 15:1; 1 Cr 29:11-12; Apoc 4:11

Estudio de la palabra «adorar»

a) hebreo:

La palabra hebrea que designa «adorar» es *hishtajaweh*; su significado básico es «postrarse», «arrodillarse». La primera vez que esta palabra aparece en el Antiguo Testamento es en Génesis 22:5. Esta primera aparición es sumamente esclarecedora. Por eso vamos a estudiar más de cerca el contexto:

¿Qué hace Abraham en el monte Moriah?

- Dios le había dado una orden y él se somete a este mandato.
- Devuelve a Dios, todo lo que había recibido de Él.

Aquí ya se nos dice lo más importante sobre la adoración:

- lo que la motiva: el hablar de Dios
- lo que es en su sentido más profundo: someterse a Dios
- cómo ocurre: devolverle todo a Dios (Sal 29:1-2)

Retengamos esto: En este relato falta casi todo lo que hoy en día calificaríamos de «adoración»: No hubo cánticos, ni música, ni un entorno solemne, ni un estado de ánimo elevado. Incluso faltaron hasta las palabras.

Lo esencial de la adoración es ésto: Yo me inclino ante Aquel que es mayor que yo. Esto es el significado más fundamental de *adorar*. Todo lo demás perteneciente a la adoración parte de aquí, realmente todo.

Dios ha hablado u obrado -ya sea en la creación, en la revelación, en la redención-, y por haber hablado y obrado Dios, yo me inclino delante de Él. Eso es adoración.

Si lo hemos comprendido bien, no podremos errar mucho en nuestra comprensión de lo que es la adoración. Nuestra comprensión podrá ser pobre o poco desarrollada, pero nunca será completamente errónea.

Pero es de temer que mucho de lo que hoy se considera como adoración es algo totalmente diferente, quizá incluso algo totalmente equivocado.

Voy a citar aquí aún otras justificantes y pruebas del Antiguo Testamento para el significado de «*adorar*» que acabo de explicar.

Tengamos en cuenta que siempre está enfatizado que adorar e inclinarse delante del adorado van siempre juntos.

Job 1:20-21 El libro de Job es probablemente el más antiguo de la Biblia. Con arreglo a esto, tendríamos aquí pues la primera aparición de la palabra «adorar». Con Job aprendemos lo mismo que

con Abraham: Job se postra ante Dios y confiesa que todo está en Su mano y que todo viene de Él.

Éx 4:31 El pueblo había oído el mensaje de Dios y su intención de salvarles, vio las señales que subrayaban este propósito divino, ilustrándolo al mismo tiempo y acreditando el mensaje anunciado. Entonces se inclinaron y adoraron.

Éx 12:27 El pueblo recibió instrucciones con respecto a la pascua. Oyeron el significado y la repercusión de ello. Entonces se inclinaron delante de Dios, su Salvador y adoraron.

Éx 34:8 Moisés se postra ante el Señor y con ello le honra. Él es sublime, Él lo tiene todo en Su mano; los redimidos se lo debemos todo a Su gracia.

Éx 34:14 Comparemos Éx 20:1-2 con Éx 34:14, entonces veremos que lo decisivo en la adoración no es el estado del que adora, sino el objeto de la adoración. Adorar a Dios significa reconocerle a Él, a Él solamente como Dios, inclinarse delante de Él solamente y obedecerle a Él solamente.

Véase también Job 1:20; 2 Reyes 2:15 y Daniel 2:46. Los dos últimos pasajes muestran con especial claridad que adorar en lo interior no significa otra

cosa sino inclinarse ante uno mayor que nosotros, reconocerle como tal y expresar de manera adecuada este reconocimiento.

Otra palabra hebrea, *gaddel*, significa literalmente «engrandecer».

Esta expresión subraya y complementa lo que acabamos de decir. La adoración es inclinarse ante uno mayor que nosotros. Al hacerlo, Él es engrandecido en comparación a mí mismo. Así le engrandezco (Salmo 34:3; 69:30). Ya hemos visto que un sacerdote es alguien que entra en la presencia de Dios. Estamos delante de Él en adoración; Él es engrandecido, y nosotros nos hacemos pequeños. Se trata de Él, y no de nosotros. Su honra es todo; lo que sentimos nosotros es sin importancia.

b) griego

La palabra griega que designa adoración es *proskyneo*. Aparece 55 veces en el Nuevo Testamento. El diccionario de confianza Benseler-Kaegi define así su significado: «postrarse delante de un rey (los persas) o delante de una divinidad (los griegos) besando el suelo o los pies.» La palabra *proskyneo* se compone de *pros*, hacia, y de *kyneo*, besar, expresando así el mismo movimiento que *ad-orare*

en latín (comp. Sal 2:12 «Besad al Hijo» [RV 1909]; 1 Rey 19:18; Os 13:2).

En lo que sigue vamos a analizar los datos decisivos del Nuevo Testamento para descubrir el significado central de la expresión griega *adoración*. Si alguien objetara que 20 pasajes tratados son menos de la mitad de todas las 55 citas, entonces debe considerar que de estos 55 pasajes muchos son textos paralelos y descripciones de situaciones parecidas de los cuatro evangelios.

Mt 2:2,8,11 Los magos adoran al Rey de los judíos. Lo decisivo: lo adoraron «postrándose...» delante del Rey.

Mt 8:2 El leproso adoró al Señor. Lo decisivo es su conclusión y comprensión: «si quieres...» Todo depende de la complacencia del Salvador; todo depende de Su voluntad; ante ella se inclina el adorador.

Mt 14:33 Los discípulos en la barca adoran al Señor. Lo decisivo es que se postran, reconocen y confiesan: «... Verdaderamente eres Hijo de Dios.» ¿Y por qué se postran? Porque han visto en el hombre Jesús destellos de Su divinidad. Eso los venció.

Mt 18:26 El siervo se postra delante del Señor a quien debía 10.000 talentos. Aquí se halla la palabra griega *proskyneo*, que en nuestra Biblia no podemos traducir con la palabra «adorar». Lo decisivo en este acontecimiento: El siervo se postra y con ello confiesa su dependencia de su señor a quien debe tanto.

Mt 28:9 Las mujeres adoran al Señor después de Su resurrección. Lo principal de su acto es: admiración y reconocimiento. Él es el Santo de Dios (Hch 2:27). Él es el Hijo de Dios (Rom 1:4). Ante Él no pueden ni quieren otra cosa sino postrarse.

Mr 5:6 El gadareno se arrodilló (*gr. proskyneo*) delante del Señor. Lo principal aquí es el temor y reconocimiento testificado con este acto.

Lc 24:52 Después de la ascensión, los discípulos adoran al Señor. Lo decisivo es aquí la certidumbre de que el Señor está exaltado; y ante este Señor se inclinaron.

Jn 9:38 El ciego de nacimiento adora al Señor. Al que fue sanado ya sólo le interesa una cosa: saber quien es Aquel delante del cual está, y no lo que ha recibido de Él.

Hch 10:25 Cornelio adoró a Pedro. Lo decisivo aquí fue que reconoció la supremacía de aquel a quien veneraba. No se trata de emociones o del estado de ánimo del adorador, sino de reconocer el hecho de que dependemos de él. Lo mismo ocurre en Apoc 3:9.

1 Cor 14:25 El pecador adora a Dios. Lo decisivo aquí es que se postra convencido por Dios de que es un pecador.

Apoc 4:10; 5:14; 11:16; 19:4 Los ancianos están delante del trono. Lo principal aquí es que se postran confesando que la voluntad del que está en el trono lo ordena todo y que Aquel que está sentado en el trono rige sobre todo.

Apoc 7:11 Los ángeles delante del trono. Aquí también lo decisivo es que se postran sobre sus rostros.

Apoc 13:4 Los hombres adoran al dragón. Lo principal está en su confesión: «¿Quién como él?» Por lo tanto, *adorar* significa aquí también reconocer la grandeza de aquel a quien se adora. La bestia insiste en que se le rinda adoración. ¿Se interesará por la música y la danza y demás bobadas? Lo que quiere es el sometimiento bajo su voluntad y

su gobierno. Sabe exactamente lo que es adoración y los hombres también lo sabrán. Lo mismo lo leemos en Apoc 14:9. Allí también lo principal es reconocer la reivindicación de la bestia.

Apoc 14:7 Los moradores de la tierra son instados a adorar a Aquel que hizo el cielo y la tierra. Lo importante es sólo una cosa: reconocer quien es el Creador. El Dios del cielo insiste en ésto. Él no espera que los moradores de la tierra empiecen a danzar, dar palmas, cantar o mecerse al ritmo. ¡No! – quiere ver que le temen y se someten a Él.

Apoc 15:4 Todas las naciones vendrán para adorar al Rey de las naciones. Lo principal aquí es también temer a Aquel cuyos justos hechos han sido manifiestos, reconocer Sus demandas justas y someterse bajo Su gobierno.

Apoc 19:10 Juan quiso adorar al ángel. ¿Por qué no aceptó su adoración? ¿Por qué fue corregido Cornelio cuando veneraba a Pedro? ¿A lo mejor porque no sintieron suficiente estremecimiento interior? ¿O porque no alabaron con la suficiente intensidad? ¿O porque no danzaron ni dieron palmas con la suficiente devoción? Seguro que no. La adoración era equivocada, porque el objeto de su

adoración no era el correcto. De ahí depende todo; esto es lo crucial.

Adorar en el lenguaje del Nuevo Testamento significa por lo tanto: postrarse delante de uno mayor, reconociendo y confesando Su grandeza, poder, verdad, justicia y gracia.

*«Temed a Dios, y dadle gloria,
porque la hora de su juicio ha llegado;
y adorad a aquel
que hizo el cielo y la tierra,
el mar y las fuentes de las aguas.»*
(Apoc 14:7)

6. Condiciones necesarias para la adoración

Mejor es callar que adorar sin el corazón. Lo que Juan Bunyan dijo sobre la oración podemos aplicarlo también a la adoración:

«Cuando ores, es mejor que lo hagas con el corazón sin palabras, que con palabras sin el corazón.»

Ritualismo como sustituto de la adoración

¿Cómo nació la liturgia? ¿De dónde viene todo ritualismo? Es porque es más fácil conservar la forma correcta que un corazón temeroso de Dios. Somos capaces de seguir diciendo bellas palabras aunque nuestro corazón se haya alejado ya hace mucho tiempo de Dios.

«Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí» (Mt 15:8).

Podemos caer en esa misma trampa aunque creamos que nosotros no tenemos liturgia alguna. El formalismo, sin embargo, es ya el primer paso por ese camino. Es posible manejar toda clase de for-

mas en la adoración, a pesar de haber dejado de adorar a Dios en Espíritu y en verdad hace mucho tiempo. Pero es mejor callar, si nuestro corazón ya no está conmovido y cerca del Señor. Eso podemos aprenderlo de los judíos en el exilio:

«Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños? Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría» (Sal 137:3-6).

Qué apropiado fue que en Babilonia los castigados por el Señor colgasen sus arpas «sobre los sauces». Hubiese sido impropio cantar cánticos de alegría, porque habían pecado y Dios los había humillado por su pecado. Hubiese sido dañino si los israelitas hubiesen tomado sus arpas para cantar un cántico de Sion. Su pecado hubiese sido mayor que el cinismo de sus señores.

En el reino de Dios ser auténticos y genuinos es todo; porque no consiste en bellas palabras, sino

en poder (1 Cor 4:20). El reino de Dios estriba en la fe no fingida (1 Tim 1:5).

Es mejor balbucear tímidamente unas palabras de gratitud salidas de un corazón sincero, que lanzar himnos con el corazón engrosado o formular oraciones compuestas como esculpidas en piedra y presentarlas así delante de la iglesia. Todo lo que no proviene de fe, es pecado (Rom 14:23), incluso cantar los más hermosos himnos de adoración.

En los años antes del exilio, los israelitas habían llenado el atrio del templo y las calles de Jerusalén con sus cánticos autocomplacientes. Hacía tiempo que para Dios eran insoportables:

«Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos» (Amos 5:23).

En aquel entonces la reprensión del profeta no pudo despertar su conciencia satisfecha y habían seguido cantando alegres, devaneando *«al son de la flauta, e inventando instrumentos musicales, como David»* (Am 6:5). Probablemente inventaran también baterías y sintetizadores o aparatos parecidos.

Es mejor no hacer nada, si no buscamos en todo a Jerusalén y su paz, si no buscamos el reino de Dios y Su justicia. Mejor estar tirado y atado condenado a no hacer nada, que estar activo con el corazón dividido.

«Mi diestra», según el mandato de Dios, debe actuar según la Palabra de Dios y Su voluntad (Dt 6:8). ¡Si no lo hace así, es mejor que se seque!

Mejor dejar de hablar que gastar frases religiosas con lengua hábil teniendo el corazón alejado del Señor. Mejor perder el habla que tejer elocuentemente un brillante paño para ocultar con él un corazón vacío. Si el Señor y Su causa ya no son mi pasión dominante entonces es mejor callar.

Estímulos sensuales como alicientes para la adoración

Con facilidad caemos en la trampa de creernos la idea seductora de que con estímulos sensuales se podría llenar un corazón vacío, producir temor de Dios y con ello poner en marcha la adoración. Leemos pasajes como 1 Crónicas 25:1-7; 2 Crónicas 20:21-22 y Esdras 3:10-12 o los Salmos 47 y 150 y pensamos que ya tenemos la receta. Pensamos

que tenemos que hacer música para que el culto se ponga en marcha. No sólo nosotros pensamos así, también los israelitas pensaban así, como acabamos de ver (Am 5:23; 6:3-6).

La cuestión no es, si la música es parte de la adoración, sino la cuestión es qué lugar ocupa la música en la adoración.

Echemos una mirada a la música en el templo en el Antiguo Testamento. Los instrumentos musicales se utilizaban bajo la dirección de Asaf, Hamán y Jedutún (1 Cr 25:1-7), hombres que conocían y temían a Dios como muestran sus salmos. Y en 2 Cr 29:25 leemos que los instrumentos fueron empleados por mandato de Dios. Todo lo que ocurre durante el culto, tiene que salir de Dios; todo culto por impulso propio es una abominación para Dios (Lv 10:1-2; Col 2:23). Además, la música sólo acompañaba la adoración (2 Cr 29:27); la música no era la adoración. La adoración en sí ocurría mediante las palabras con las que alababan a Dios:

*«Entonces el rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabasen al Señor **con las palabras** de David y de Asaf vidente; y ellos alabaron con gran alegría, y se inclinaron y adoraron» (2 Cr 29:30).*

La música era la expresión de la alegría en Dios y sus obras; pero la música no es el medio para producir la alegría en Dios.

La música estaba subordinada o sometida a la adoración. Esto significa que ni siquiera en el Antiguo Testamento la adoración dependía de la música (como podemos ver p. ej. en Abraham).

El gran vuelco de Juan 4:23-24

La adoración neotestamentaria no depende en absoluto del uso de instrumentos musicales. La adoración en espíritu y en verdad no depende de cosas exteriores como de lugar o forma. Eso es anti-*gotestamentario*. Los judíos debían adorar en Jerusalén; ellos tenían la obligación de usar címbalos y trompetas para el servicio en el templo. ¿Dónde hallamos en el Nuevo Testamento una instrucción semejante? Si no tenemos instrumentos o no tenemos talento para la música, la adoración por eso no merma para nada. Pero si no amamos ni tememos a Dios, entonces la adoración ha muerto. En ese caso la música entonces lo único que puede hacer es tapar este trágico estado. ¿Es posible que queramos esto en serio?

Con la venida del Señor todo cambió, también la adoración. Antes de Su venida había que adorar en Jerusalén. Los sacerdotes, además tenían que llevar ropajes determinados y tocar los instrumentos prescritos. Desde la venida del Hijo de Dios y desde que consumó la obra de la salvación lo que vale es esto: «*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*» (Jn 4:24).

Danza y adoración

¿Debemos danzar como David delante del arca (2 Sam 6:14)? Si nos remitimos a David y decimos que debemos hacerlo como él, entonces tenemos que ser consecuentes e imitarle en todo. Entonces tenemos que tener un arca, una casa de Dios visible y un altar y sacrificios de animales. Entonces tenemos que volver al Antiguo Testamento, a las leyes sobre alimentos y a la circuncisión. ¿Queremos esto en serio? Ahora que en Cristo ha venido el cuerpo, ¿volveremos otra vez a las sombras? ¿Qué hubiese dicho Pablo al respecto? La epístola a los Gálatas tiene mucho que decir sobre esto.

Otros se remiten al Salmo 149 diciendo que en el culto debemos adorar a Dios con danza y pandero

(v.3). ¿En verdad debemos hacerlo así? Si insistimos en seguir literalmente la primera instrucción del salmo, entonces debemos insistir también en obedecer literalmente a la instrucción que sigue: si queremos danzar, entonces también tenemos que utilizar las espadas:

«Exalten a Dios con sus gargantas, y espadas de dos filos en sus manos, para ejecutar venganza entre las naciones, y castigo entre los pueblos» (Sal 149:6-7).

A esto nos contestan que este mandato hay que entenderle espiritualmente. De acuerdo, pero entonces la danza también tengo que interpretarla espiritualmente.

De paso estamos aprendiendo algo importante sobre la adoración: Si quiero adorar a Dios en Espíritu y en verdad, entonces tengo que tener en mi mano la espada de dos filos – esto es, la Palabra de Dios que juzga el pecado y la carne y me aparta del mal. Separación y adoración son inseparables. La separación, sin embargo, es como un extranje-rismo, por no decir una mala palabra para muchos creyentes de hoy en día. La espada en la mano es efectivamente el complemento correcto y necesario para el pandero en la otra mano. Pues ¿cuál es el significado espiritual de la danza en rueda o

del corro? Comunión y armonía en la adoración; adoración unida que como un corro gira alrededor de un centro invisible: Este centro es el Hijo de Dios, su persona y su obra. La comunión espiritual verdadera con los hermanos en la adoración sólo puedo tenerla si he dejado de darme tanta importancia a mí mismo y a mis emociones, cuando en vez de girar alrededor de mi persona, tengo a Cristo como centro. Sólo en la medida en que me niego a mí mismo y me he separado del mundo, puedo conocer la adoración en comunión con los hermanos. Israel no pudo adorar a Dios en Egipto y nosotros no podemos adorar a Dios, cuando nuestro corazón está entretejido con el mundo. ¿Cómo podremos adorar a nuestro Señor y Esposo, cuidando la amistad adúltera con el mundo (Stg 4:4)?

¿No será esta una de las razones por la cual la adoración en muchas iglesias que se consideran conservadoras sea tan debil, flaca y formal? Quizá las cosas temporales se apoderan demasiado de nosotros, quizá nos ocupemos demasiado de nosotros mismos siendo demasiado mundanos y enamorados de nosotros mismos.

El corazón y la adoración

El corazón es lo decisivo en la adoración; eso lo hemos comprendido bien. Pero la cuestión es cómo inclinar nuestro corazón hacia Dios. Quiero intentar ilustrarlo tomando dos ejemplos.

Israel junto al Mar Rojo: Junto al Mar Rojo Dios enseñó a su pueblo a inclinarse delante de Él y confesar:

«El Señor reinará eternamente y para siempre»
(Éx 15:18).

El Señor reina. Que el Señor reine sobre nosotros, sobre nuestros corazones, sobre nuestra vida. Eso fue un deseo magnífico. ¿Cómo había Dios despertado en el pueblo este deseo? Por medio de la angustia. Dios había guiado a Israel a un aprieto sin salida: Tenían delante el mar y a sus espaldas el ejército de los egipcios. Dios fue quien lo había encauzado todo así, como vemos claramente en Éxodo 14:1-4. El miedo terrible, el sentirse completamente impotentes y vivir cómo Dios intervino en su favor, eso fue lo que despertó en el pueblo el deseo de obedecer a este Dios y someterse a Él como Rey. De tales corazones ascendió la adoración verdadera a Dios:

«Entonces cantó Moisés y los hijos de Israel este cántico al Señor, y dijeron: Cantaré yo al Señor, porque se ha magnificado grandemente; ha echado en el mar al caballo y al jinete» (Éx 15:1).

El juicio divino en el Monte Carmelo: En los días de Elías el corazón del pueblo una vez más se había apartado de Dios y apegado a los ídolos. De nuevo Dios utilizó la aflicción, además del ministerio del profeta para inclinar el corazón del pueblo hacia Él y apartarlo de los ídolos. Oigamos como oró Elías:

«Respóndeme, Señor, respóndeme; para que conozca este pueblo que tú, oh Señor, eres el Dios, y que has hecho volver sus corazones.» (1 Rey 18:37).

Dios ha inclinado el corazón de los israelitas; y ahora también inclinan sus cabezas y adoran:

«Entonces cayó fuego del Señor, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡El Señor es el Dios, el Señor es el Dios!» (1 Rey 18:38-39).

Aquí aprendemos la importancia del ministerio profético para la verdadera adoración. La tribulación fue antes del servicio del profeta: tres años y

medio de sequía. La aflicción abrió los oídos para oír a Dios por medio del profeta, y lo que Dios habló inclinó sus corazones a Él. Pero no fue solamente la voz del profeta lo que conmovió sus corazones, más que eso fue lo que vieron aquel día en el Carmelo. Vieron con sus propios ojos como cayó fuego del cielo. ¿Sobre quién cayó el fuego? No cayó sobre ellos, a pesar de que comprendieron que lógicamente tenía que haberles consumido a ellos. Durante años habían despreciado al Dios del cielo sirviendo a las fuerzas de la naturaleza, a sus deseos y concupiscencias – porque eso precisamente son los ídolos de los paganos. Ahora el fuego no les consumió a ellos, sino que cayó sobre el altar que Elías había edificado en el nombre del Señor. Aparentemente habían comprendido que aquí hubo una sustitución. La ira de Dios cayó sobre otra cosa, o mejor dicho, sobre Otro. Podrían haberlo visto en todos los sacrificios de animales que eran consumidos sobre el altar de Dios. Pero se habían hecho ciegos. Ahora Dios les había abierto de nuevo los ojos. Ahora vieron delante de sus ojos destellos de la santidad y gracia de Dios, y eso era irresistible. Sus corazones se inclinaron poderosamente hacia este gran y terrible Dios misericordioso.

¿Qué significa esto para nosotros? Cuando vemos como Dios ha obrado con y por Su Hijo, como le juzgó, para que nosotros tuviésemos paz, entonces vislumbramos algo de la grandeza y de la santidad de Dios, vislumbramos algo de Su terrible ira sobre todo pecado y al mismo tiempo algo de Su gracia incomprensible. Eso inclina poderosamente nuestros corazones hacia este Dios. No podemos y no queremos sino servir a este Dios, someternos a este Dios y adorar a este Dios.

Los dos ejemplos muestran lo estrechamente que están vinculadas la salvación y la adoración. Vamos a verlo aún un poco más de cerca:

Salvación y adoración

La salvación es la condición necesaria para la adoración. Ese es el orden en el libro de Éxodo. En los capítulos 12-14 se nos describe la redención y salvación de Egipto, en el capítulo 15 leemos el cántico de alabanza de los redimidos. En el evangelio de Juan leemos en el capítulo 3 del nuevo nacimiento, de la entrada en el reino de Dios, en el capítulo 4 leemos sobre la adoración. Por la salvación Dios nos ha hecho capaces de adorar. Además Dios ha actuado de tal forma en la salvación

que no podemos sino adorar a Dios nuestro Salvador. Son dos cosas que prenden fuego a nuestra alabanza:

- la grandeza del Salvador
- la grandeza de la salvación

a) la grandeza del Salvador

¿De qué manera vemos la grandeza del Salvador? La salvación obrada por Cristo revela:

El poder de Dios. Dios tuvo que vencer a un gran y terrible enemigo, para poder salvarnos a nosotros. También tuvo que vencer corazones tan duros como las rocas. Tuvo que aplicar gran fuerza para salvarnos

La sabiduría de Dios. Dios ha sabido transformar a pecadores en santos sin comprometer en ningún momento su justicia. Ha sabido quitar la culpa de los culpables, sin pasar por alto ni una de las justas demandas de la ley.

El amor de Dios. En su amor libre salvó a hombres todos indignos, rebeldes, gente que merecía ser condenada eternamente. Él no estaba obligado a salvar ni una sola alma. Pero quería salvar a pe-

cadores. ¡Y qué precio pagó! Le costó lo mejor que posee el cielo. Le costó su propio Hijo.

La santidad de Dios. Salvó a pecadores juzgando el pecado implacablemente. Su santidad exigía que el pecado fuese juzgado y quitado de en medio. Desamparó a Su propio Hijo cuando éste fue hecho pecado en la cruz. Sus ojos son demasiado limpios como para mirar el pecado.

b) la grandeza de la salvación

¿Cómo nos percatamos de la grandeza de la salvación? Podemos responder que por la profundidad de la que Dios nos salvó y por la altura a la que Él nos ensalzó.

Estábamos muertos en nuestros pecados y delitos. No podemos caer más profundo. Dios nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo. No podemos ser ensalzados más (Ef 2:1-6). En el lenguaje poético del Antiguo Testamento vemos expresada la misma verdad de la siguiente manera:

«¿Quién como el Señor nuestro Dios, que ha enaltecido su habitación, que se humilla a mirar en el cielo y en la tierra? Él levanta del polvo al pobre, y

al menesteroso alza del estiércol, para hacerlos sentar con los príncipes, con los príncipes de su pueblo» (Sal 113:5-8).

En el libro de Éxodo, el libro de la salvación en el Antiguo Testamento, se muestra cuanto abarca la salvación: Dios salvó a Israel de la servidumbre y de la muerte (cap. 1) y los trajo a sí mismo (Éx 19:4) y los llevó a la gloria (Éx 40:34-38).

La grandeza de la salvación la vemos también por la siguiente lista:

Por la grandeza del enemigo. Estábamos atados por un fuerte que velaba armado su casa.

Por la grandeza del problema. Estábamos bajo la ira de Dios; éramos candidatos para las llamas eternas.

Por la impotencia de los atados: Estábamos ciegos, no viendo nuestra perdición ni la salvación; estábamos sordos para el evangelio, incluso estábamos muertos para Dios.

Por la culpa de los atados: Era infinitamente grande, tan grande que no hubiéramos podido pagarla jamás.

Por la altura a la cual Dios nos ensalza. Nos eleva a Sí mismo, a Su cielo, a Su casa, a Su presencia. Hace de nosotros herederos e hijos, sacerdotes que entran en la presencia de Dios, y reyes que reinarán con Su Hijo.

En los cánticos de alabanza del Antiguo y del Nuevo Testamento vemos nombradas todas estas cosas como motivo para la adoración. Todo el cántico de los redimidos en Éxodo 15 es un ejemplo magnífico de ello. Invito al lector a leerlo y encontrar las cosas que acabo de enumerar y a meditar sobre ellas para después adorar a Dios por ello.

Elección y adoración

Nada puede poner en nuestro corazón y en nuestras conciencias con tanto peso la grandeza del Salvador y de la salvación como el pensamiento de la elección. En la elección Dios nos otorga mirar las alturas y profundidades de la salvación y eso nos deja vislumbrar algo de la excelsitud de Dios y de sus obras. ¿Somos creyentes y fuimos salvos por medio de la fe? ¿De dónde vino todo esto? ¿Acaso salió de mí? No, toda alma temerosa de Dios confesará que todo salió de Dios. Fue el Espíritu de Dios el que me convenció de pecado, fue la Pala-

bra de Dios la que despertó en mi corazón muerto la fe (Rom 10:17). Pablo les dice a los Corintios:

«Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor» (1 Cor 1:30-31).

«Por él», eso significa que sale de Dios. La iniciativa para que tú o yo estemos en Cristo Jesús la tomó Él. Creímos porque Dios nos escogió para ello. ¿O querrá alguien decir que Dios nos habría escogido, por haber nosotros creído? ¿Dirá alguien que el motivo para habernos escogido se halla en nosotros? Tal pensamiento nos lisonjea, pero como mucho de lo que nos agrada, es falso. El apostol dice:

«... según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él» (Ef 1:4).

- Dios nos escogió *en Cristo* – Dios actúa por amor de Cristo, no por amor de nosotros. Dios escoge por la fidelidad, obediencia, entrega y la obra de Cristo, y no por alguna propiedad que pudiera hallarse en los escogidos.

- Dios nos escogió *antes de la fundación del mundo* – la razón de la elección no puede residir en la creación o en criatura alguna, sino solamente en Dios. Por eso Pablo dice que Dios nos escogió antes de la creación del mundo; porque antes de existir el mundo, existía sólo Dios. Por Su voluntad nos escogió; por eso, tú y yo nacimos de nuevo según Su voluntad (Stg 1:18).
- Cristo nos escogió a nosotros, no le escogimos nosotros a Él:
 «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» (Jn 15:16).

Al principio de nuestra salvación está la elección por gracia de Dios, y no nuestra elección. ¿Por qué es esto importante para nuestro tema? Porque aquí hallamos el motivo más profundo y más sublime para la adoración: Todo sale de Dios; por eso todo tiene que volver a Dios. Él ha obrado, por eso Él se merece toda la gloria. Él ha salvado por amor a sí mismo, por eso le corresponde todo el loor. El mayor predicador del avivamiento en toda la historia de la iglesia, el inglés *George Whitefield* (1714-1770) dijo una vez en un sermón en el año 1768:

«Sé que no hay otra verdad capaz de humillar realmente al ser humano. Porque, o bien Dios tiene que

escogernos a nosotros, o bien nosotros le tenemos que escoger a Él.»

La misma verdad había arrojado en el abismo de la desesperación al monje agustino más famoso de todos. *Martín Lutero* tuvo que reconocer entonces lo que años más tarde escribió en su obra *De Servo Arbitrio* (El siervo albedrío [no el libre albedrío]):

«Dios por cierto prometió su gracia a los humildes, esto es, a los que se dan por perdidos y desesperan de sí mismos. Sin embargo, no puede un hombre humillarse del todo hasta que no sepa que su salvación está completamente fuera del alcance de sus propias fuerzas, planes, empeños, voluntad y obras, y que esta salvación depende por entero del libre albedrío, plan, voluntad y obra de otro, a saber, del solo Dios.»

**Todo está en manos de Dios,
Dios no está en nuestras manos**

¿Acaso no he de hacerme pequeño ante el Eterno y Todopoderoso, ante el Santo a quien se lo debo todo, y a quien yo había provocado con mi pecado? ¿Acaso no he de humillarme delante de Él?

George Whitefield escribió en la primavera de 1741 en una carta:

«Dios es vuestro Dios ... ¿no os llena esto de admiración? ¿no se derrite vuestro corazón a causa de ello? ¿no os impulsa esto a clamar: ‚Señor, ¿por qué precisamente yo?’ Cuanto más nos hagamos esta pregunta, mejor. Contemplar un alma tirada en el polvo delante de Dios, vencida y profundamente conmovida por ese amor de Dios que elige libremente, es algo de lo más extraordinario y precioso.»

¿Acaso no debo echarme en el polvo delante de Dios? ¿No es esta la adoración verdadera? ¿Y no he de confesar que todo, mi mera existencia, y con más razón mi bienestar o perdición eterna está en Su mano? Ah, ¡cómo nos lisonjea el pensamiento elevado de que nosotros y nuestra salvación estarían presuntamente en nuestra propia mano! Así nos engañamos a nosotros mismos. La salvación está en manos de Dios, y yo mismo también estoy en Su mano.

Jonatán Edwards un contemporáneo de George Whitefield, un par de años mayor que él, pronunció un sermón en Boston el 18 de Julio de 1731 con el título: *«God Glorified in Man's Dependence –*

Dios glorificado por la dependencia del hombre». Entre otras cosas dijo lo siguiente:

«Los redimidos dependen absoluta y totalmente de Dios: La naturaleza y el plan de nuestra salvación son de tal índole que los redimidos dependen directa y completamente de Dios en todos los sentidos.»

A nosotros nos gustaría que fuese al revés, y por eso una y otra vez en la cristiandad se ha vuelto lo de arriba abajo. Es precisamente lo que ocurre en el sacrificio de la misa católico-romana: el hombre toma a Dios en su mano, y lo que tiene en su mano, eso es lo que adora. Por si fuera poco, se atreve a llamar «custodia» al objeto manipulado de su adoración¹.

El mensaje de los reformadores se dirigía en contra de este trastorno de todas las órdenes divinas. Oigamos lo que dice *Guillermo Farel*, el reformador suizo, al respecto:

«Por causa de esta doctrina de la capacidad natural del hombre, el papado ha arrebatado la salva-

¹ A la **custodia** se le llama también **ostensorio** u **ostensorium** (del latín *ostentāre*, «mostrar»). En el culto católico, es la pieza de oro o de otro metal precioso, donde se coloca la hostia, después de consagrada, para adoración de los fieles.

ción de las manos de Dios para ponerla en manos de los sacerdotes. Dios escogió antes de la fundación del mundo a todos los que han sido salvos y han de ser salvos aún. Pero aquel que insiste en la libre voluntad del hombre, niega completamente la gracia de Dios.»

Juan Knox, el reformador de Escocia dijo por este mismo motivo:

«La misa ha sido y es idolatría y abominación ... la idolatría más abominable desde que el mundo existe.»

Lo que hace hervir su sangre es la terrible presunción de que en la misa el hombre tiene en su propia mano el objeto de la adoración y que se lo tiende a la iglesia para que lo adore. Es sabido que la doctrina que Roma combatió con más vehemencia en los reformadores fue la doctrina de la elección por gracia y de la esclavitud de la voluntad humana. Esta doctrina es la que más ha buscado desacreditar y tergiversar. ¿Por qué es atacada con tanta vehemencia esta doctrina precisamente? Porque no hay otra que ponga el dedo tan justo en la llaga y que apunte al corazón mismo de la idolatría romana. No hay otra doctrina que muestre tan implacable la presunción de la casta sacerdotal.

Al estar el hombre en el centro del culto católico-romano, este culto tiene que ser un culto sensual: oro reluciente, olores extasiantes, vestimentas lujosas, sonidos embriagadores. Eso le gusta al hombre; aquí disfrutan sus emociones religiosas, aquí se puede deleitar en toda clase de estremecimientos santos, sintiendo escalofríos benditos. Todo es tan bonito – y todo es justo lo contrario de lo que es la adoración. Es una abominación para Dios.

Dios no está a nuestras órdenes

La misma tergiversación de las circunstancias ocurre, cuando ciertos músicos hoy en día creen que con sus manipulaciones pueden empujar al Espíritu Santo; así lo expresó un conocido «líder de adoración»:

«Me he dado cuenta de que ciertos efectos del Espíritu Santo ocurren únicamente cuando toco junto con el percusionista, y cuando no canto ... hay ciertas notas y armonías que ponen en marcha al Espíritu.»

Una vez más vemos aquí como el hombre ha asumido el lugar que le pertenece sólo a Dios. El he-

cho de afirmar que nosotros supuestamente seríamos capaces de poner en movimiento al Espíritu Santo es un engaño blasfemo. ¡No! Él es Dios, y sopla donde Él quiere, cuando Él quiere y como Él quiere (Jn 3:8).

Con la adoración no podemos forzar o exigir nada. La adoración y la alabanza son la respuesta del creyente a lo que Dios ha obrado y hablado. No podemos relegar a Dios o las circunstancias, ni hacer que nos obedezcan a nosotros, ni tampoco podemos conseguirlo mediante la alabanza. Porque nosotros estamos en manos de Dios, Dios no está en nuestra mano. Tenemos que someternos a Dios y a las circunstancias regidas por Él. Nosotros no podemos mandar a Dios. Él no se someterá a nosotros.

Pero entonces ¿cómo hemos de entender 2 Crónicas 20:22?:

«Y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, el Señor puso contra los hijos de Amón, de Moab y del monte de Seir, las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros.»

¿No es aquí la adoración la que obra la victoria sobre los enemigos? No, sólo la consideración superficial parece indicar que es así. La victoria no fue la consecuencia de la alabanza, sino que la alabanza fue la consecuencia de la revelación del propósito de Dios. Cuando el peligro ya aparecía en el horizonte, el rey Josafat y los habitantes de Jerusalén fueron a consultar a Dios (2 Cr 20:1-13), y Dios les respondió por el profeta (20:14-17). Los judíos creyeron a Dios y a Su profeta; por eso estaban seguros de obtener la victoria y por eso adoraron a Dios (20:18-19). Mientras que iban a la batalla alabando a Dios, Él cumplió su promesa dada previamente.

La adoración debe honrar a Dios y no alborozar al adorador

El evangelio nos libera de nosotros mismos; nosotros no somos el centro del mundo, sino que Dios es el principio, el centro y el fin de todas las cosas. El propósito del evangelio no es hacer feliz al hombre; el evangelio no es un método genial para satisfacer nuestras necesidades más sublimes y más profundas. Lo más importante del evangelio no es el hombre, sino Dios. Por eso en la epístola a los Romanos el evangelio primeramente recibe el

nombre de Evangelio de Dios y después el evangelio acerca del Hijo de Dios (Ro 1:1,3). El evangelio es el poder de Dios (Ro 1:16), que nos libra del pecado, del yo, de la voluntad propia y nos capacita para escoger y hacer la voluntad de Dios. El evangelio me hace libre para Dios. Esto debemos expresarlo con toda nuestra vida, fe, hablar y actuar, y de manera especial en la adoración. El hombre, sus sentimientos, su estado no deben ser la cosa principal, en ningún momento, pero aquí mucho menos todavía. Una de las aberraciones peores que existe es que la adoración sea degradada de tal forma que en ella el cristiano celebre sus propios sentimientos piadosos o sublimes y en todo caso complacientes. El incienso que ascendía a Dios para olor grato, era solamente para Él:

«Cualquiera que hiciere otro como este para olerlo, será cortado de entre su pueblo» (Éx 30:38).

También adoramos a Dios por sus juicios: 2 Samuel 12:20; 15:32; Apoc 19:1-4. Esto sólo podemos hacerlo, porque el evangelio nos ha liberado de nosotros mismos. No adoramos a Dios, para recibir algo, o porque haciéndolo nos sentimos bien. Adoramos a Dios por lo que Él es, y por Sus obras. Decimos con Job:

*«He aquí, aunque él me matare, en él esperaré»
(Job 13:15).*

*«La hora viene, y ahora es, cuando los
verdaderos adoradores adorarán al Padre en
espíritu y en verdad; porque también el Padre
tales adoradores busca que le adoren.»*

(Jn 4:23)

7. Capacitación para la adoración

Si adorar es, lo que acabamos de explicar, es decir, hablar de Dios mismo con admiración, entonces es necesario conocerle primeramente. Si no le conozco o le conozco muy poco no podré hablar de Él con la admiración debida. En cambio, si le conozco bien, podré hacerlo y lo haré con gusto.

¿Dónde y cómo puedo conocerle? Únicamente le conozco por la revelación de sí mismo que Él nos ha dado, y esa revelación está en Su Palabra; porque en ella se ha revelado, como es, quien es, cuales son Sus intenciones y Sus caminos.

Si quiero ser un adorador tengo que leer la Biblia

Aquí tenemos una de las importantes razones por qué comprendemos tan poco de la adoración y por que le ofrecemos a Dios tan poca adoración verdadera. Le conocemos muy poco, demasiado poco; no conocemos bien Su obra; no conocemos bien su Palabra. ¡Qué poco leemos en la Biblia, y cuando la leemos lo hacemos superficialmente! Si empezáramos a leer la Biblia regularmente, amplia y sistemáticamente, entonces nos encontra-

ríamos a menudo allí con nuestro Dios y Salvador. En las Escrituras vemos la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Cor 4:6). Allí Él se hará cada vez más grande para nosotros, y nosotros nos haremos cada vez más pequeños.

Sólo podemos adorar por el Espíritu

El Espíritu Santo mora en cada hijo de Dios y clama: «Abba, Padre» (Ro 8:15).

El Espíritu Santo impulsa a los creyentes a confesar que Jesús es el Señor (1 Cor 12:3).

El Espíritu Santo me muestra por la Palabra de Dios, quien es Dios el Padre: Me ha hecho renacer; he salido de Él; a Él se lo debo todo; en Su gracia me ha escogido, llamado, justificado en Su Hijo y sellado hasta el día de la redención.

El Espíritu Santo me muestra por medio de la Palabra de Dios quien es el Señor: me ha comprado para Dios; Él está ensalzado; Él ha sido puesto por Dios para reinar sobre todo.

Pero ¿cómo podrá obrar el Espíritu de Dios en mí, si no le abro aquella puerta por la que Él quiere en-

trar; si le niego aquel medio por el cual Él quiere obrar en mí? El Espíritu Santo siempre obra en combinación con la Palabra de Dios. El apóstol Pablo exhorta a los efesios a hablar entre ellos *«con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo»* (Ef 5:19-20). Pero el Espíritu Santo tiene que llenarles, entonces lo harán con toda naturalidad (v. 18).

A los colosenses les dice lo mismo:

«La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3:16-17).

Solamente que a los colosenses no les dice: sed llenos del Espíritu Santo, sino que les dice: sed llenos de la Palabra de Cristo. Pienso que lo comprendemos bien:

Ser llenos del Espíritu Santo es equivalente a estar llenos de la Palabra de Dios.

Si queremos dar la oportunidad al Espíritu Santo de llenar nuestros corazones, entonces tenemos que llenar nuestro corazón y nuestra mente de la Palabra de Dios. Dicho en plata: Tenemos que leer la Biblia, leerla con pasión. Que no pensemos que es demasiado pedir leerla diaria y ampliamente, y también después de la jornada de trabajo, en nuestro tiempo libre y en nuestras vacaciones. Que no nos pese pasar horas y horas con la Biblia. ¿Es esto un pensamiento poco atractivo? ¿Nunca ha sido esta nuestra costumbre? Entonces ¿por qué nos asombra la superficialidad de nuestra vida espiritual, la sequía y el formalismo de nuestra adoración? Entonces ¿por qué nos extraña que haya brotes paganos en la adoración de hoy?

La adoración siempre tiene su origen en Dios y jamás en el hombre

La Palabra de Dios y el Espíritu de Dios me hacen capaces y me impulsan a la adoración. Él toma de lo que es del Señor y me lo revela a mí (Jn 16:14).

Esto significa que la adoración siempre emana de Dios y nunca del hombre. La razón para la adoración se basa en Dios, en las obras de Dios y en los hechos de Dios. En Apocalipsis 19:1-7 está descrita la adoración en el cielo. Notemos como en este pasaje aparece cuatro veces la palabra «*porque*», una conjunción que expresa la causa de algo:

*«Después de estas cosas oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya: Salvación y honra y gloria y potencia al Señor Dios nuestro, **porque** sus juicios son verdaderos y justos; **porque** él ha juzgado a la grande ramera, que ha corrompido la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Y otra vez dijeron: Aleluya. Y su humo subió para siempre jamás. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro animales se postraron en tierra, y adoraron a Dios que estaba sentado sobre el trono, diciendo: Amén: Aleluya. Y salió una voz del trono, que decía: Load a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una grande compañía, y como el ruido de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: Aleluya: **porque** reinó el Señor nuestro Dios Todopoderoso. Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; **porque** son venidas las bodas del Cordero, y su esposa se ha aparejado.*

Aquí se exponen razones para la adoración. Está basada en la naturaleza y en las obras de Dios (v. 2.6.7). Correspondientemente dice David que su cántico de alabanza viene de Dios:

«De ti viene mi alabanza en la gran congregación»
(Sal 22:25).

En Levítico 9:24 vemos de manera hermosa como el pueblo de Dios es impelido por Dios mismo a la alabanza:

«... Y salió fuego de delante del Señor, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros».

El pueblo ve sobre el altar la ofrenda determinada por Dios: un animal limpio e inocente. Y después ve como sale fuego de delante de Dios y lo consume. ¿Podremos estar ciegos y no ver como esto corresponde exactamente al Gólgota? ¿No nos ha abierto Dios los ojos para ver como el Cordero de Dios fue clavado en la cruz? Allí el Inocente fue puesto sobre el altar, y después bajó sobre Él el fuego del juicio divino. El Santo juzgó el pecado en Su amado Hijo. Lo vemos y caemos de rodillas y adoramos a nuestro Dios y Padre y a Jesús nues-

tro Señor y Salvador. Aquí es el lugar donde Dios se manifiesta al pecador en juicio y en gracia. Aquí es el lugar donde Él quiere morar entre las alabanzas de Sus redimidos (Sal 22:3).

8. El objeto y la sustancia de la adoración

Los redimidos adoran al Padre revelado por el Hijo. Por medio del Hijo conocemos al Padre y por medio del Espíritu Santo reconocemos lo que el Hijo significa para el Padre: Proverbios 8:30; Isaías 42:1; Mateo 3:17; 17:5; Efesios 5:1.

En Israel nadie podía presentarse delante del Señor con las manos vacías (Éx 23:15). Y nosotros tampoco podemos presentarnos delante de Dios con las manos vacías. Pero ¿qué podemos llevarle a Dios? Nada nuestro, nada propio, eso está claro. Acudimos a Él con los poderosos hechos del Señor mismo:

«Vendré con los hechos poderosos de Dios el Señor; haré mención de tu justicia, de la tuya sola» (Sal 71:16).

Hablamos de Su grandeza y de Su magnificencia: Salmo 145:1-5. Le traemos todo aquello que Él ha obrado y con lo que Él ha llenado nuestros corazones y nuestras manos. Todo viene de Él y todo vuelve otra vez a Él. Eso es adoración (1 Cr. 29:11-14).

Y ante todo: En la adoración le hablamos al Padre de todas las perfecciones del Hijo. Le damos gracias a Dios por Su don inefable (2 Cor 9:15), y le volvemos a traer a Dios lo que Él nos ha dado a nosotros: El Espíritu nos abrió los ojos para que viésemos como el Hijo de Dios vino al mundo, como vivió, como sufrió y como murió. Vimos como ascendió al cielo y volvió a Dios entrando al lugar santísimo como precursor nuestro, como mediador y sumo sacerdote. Eso llena nuestros corazones y de eso le hablamos a Dios. Estos son los sacrificios espirituales que le traemos a Dios (Heb 13:15; 1 P 2:5). Hacemos lo que José les dijo a sus hermanos después de que vieron su gloria en Egipto y se disponían a regresar a Jacob, su padre:

«Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria en Egipto, y todo lo que habéis visto» (Gn 45:13).

*«Vendré con los hechos poderosos
de Dios el Señor;
haré memoria de tu justicia, de la tuya sola.»
(Sal 71:16)*

9. Conmemoramos al Hijo y adoramos

Para la congregación de los creyentes hay una ocasión especial donde adora a Dios y a Su Hijo: en la Cena del Señor que celebramos en memoria del Señor. Partimos el pan y tomamos la copa en memoria de Él (1 Cor 11:24-25). Haciéndolo pensamos en Él, hablamos de Él, pensamos en el Padre que entregó al Hijo, pensamos en el Hijo que fue obediente al Padre hasta el último extremo. Pero no podemos hacer memoria del Señor sin que nuestros corazones rebosen de admiración:

«Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre» (Sal 45:1-2).

Al pensar que somos llamados a presentarnos delante de Dios como sacerdotes y adorarle por toda la eternidad, entonces comprenderemos que la primera iglesia fuese una iglesia que adoraba. Y siendo una iglesia que adoraba, entonces era una iglesia que celebraba a menudo y regularmente la cena del Señor. De hecho leemos de la primera iglesia, que los creyentes se reunían diariamente

en las casas partiendo el pan. El partimiento del pan era una de las cuatro anclas, una de las cuatro columnas de la vida de la iglesia:

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hch 2:42).

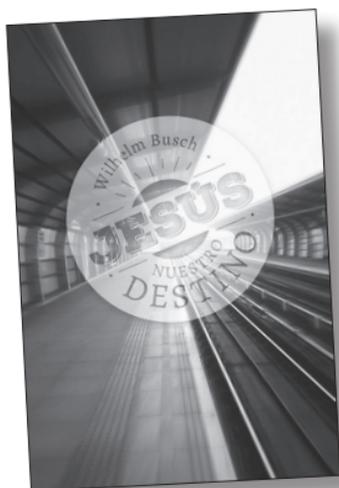
La iglesia redimida lo hará hasta que venga el Señor (1 Cor 11:26), hasta que Él de nuevo vuelva a beber del fruto de la vid junto con nosotros en el reino de su Padre (Mt 26:29).

*«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles,
en la comunión unos con otros,
en el partimiento del pan y en las oraciones».
(Hch 2:42)*

Wilhelm Busch

Jesús, nuestro destino

CLV



112 páginas

libro de bolsillo

ISBN 978-3-86699-168-2

«Jesús, nuestro destino» – ese era el tema general escogido por el pastor Wilhelm Busch en toda su predicación. Con entusiasmo y gran alegría fue pastor de jóvenes en el centro de Alemania y también un apasionado e incansable predicador del evangelio en muchos lugares. Miles de personas acudían a escuchar sus mensajes. Su convicción era que el evangelio de Jesucristo era el mensaje más importante y extraordinario de todos los tiempos. ¿Deseas escuchar este mensaje? Con este libro podrás oír de nuevo su voz y conocerás un nuevo enfoque sobre las cuestiones vitales de la vida. En estos mensajes selectos no faltan los ejemplos amenos e historias vividas por el mismo W. Busch, siempre con el fin de darnos a conocer a Jesús, nuestro destino, de quien depende todo.

